

Epílogo: East Los Angeles desde 1930

El CL Aniversario de la Fundación de Los Ángeles, que se llevó a cabo en septiembre de 1931, se distinguió por las fiestas organizadas por la Cámara de Comercio y la industria cinematográfica, así como por la ceremonia de inauguración a cargo de un representante papal. Al menos, durante unos cuantos días, las actividades fueron todo un éxito, tal como lo señaló un comentarista al mostrar “el país en el que nosotros, en el sur de California, nos negamos a reconocer que haya depresión”.¹ No obstante, las festividades fueron sólo el preámbulo para una expresión más elaborada del orgullo cívico: los Juegos Olímpicos de 1932.

Sin embargo, el éxito de estos eventos no disminuyó el impacto de la Depresión en Los Ángeles. Ya previamente se habían vislumbrado algunos signos de la debacle económica que se avecinaría con el colapso del repunte inmobiliario en los nuevos distritos de comercio y empresariales en la zona oeste² y el periodista James H. Collins reconoció en 1930 que “los trabajos escaseaban y se intentaba conseguirlos afanosamente”, pero, arribó a la conclusión de que si un recién llegado “no puede conseguir trabajo en una fábrica, cambiará a un giro comercial, se transformará en carpintero o manejará un camión o será un operador de bomba en una gasolinería”.³ Collins era un poco optimista, pues en Los Ángeles incluso esos trabajos eran difíciles de conseguir.

¹ James Allen Geissinger, “Los Angeles in Festive Spirit”, *Christian Century* 48, 7 de octubre de 1931, 1259.

² Earl Pomeroy, *The Pacific Slope: A History of California, Oregon, Washington, Idaho, Utah, and Nevada* (Seattle: University of Washington Press, 1965), 296.

³ James H. Collins, “Los Angeles Grows by a Formula”, *Southern California Business* 12 (septiembre de 1933): 19; véase también Walter J. Stein, *California and the Dust Bowl Migration* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1973).

En los veinte, promover la ciudad de Los Ángeles en el resto de la nación había resultado atractivo para los funcionarios públicos de la ciudad, sin embargo conforme decayó la producción industrial y cientos de plantas productivas cerraron sus puertas, los californianos del sur se mostraron cada vez menos entusiastas con las futuras inmigraciones e incluso tomaron medidas en contra de la inmigración.

Durante la década de los veinte, algunos ciudadanos y funcionarios públicos patrocinaban una campaña nacional en la prensa y en el Congreso en contra del empleo de trabajadores mexicanos inmigrantes. Aun los californianos del sur, quienes por años habían recibido de buena gana al trabajador mexicano, empezaron a perder su entusiasmo en la medida en que la parálisis económica afectaba la región. Académicos, líderes sindicales, trabajadores sociales y líderes religiosos debatieron el asunto de la inmigración mexicana a fines de los veinte y principios de los treinta. Influyentes integrantes del Commonwealth Club de San Francisco escucharon a los oradores caracterizar a los trabajadores mexicanos como un peligro para los estándares de salud del estado.

Los mexicanos parecían ahora inaceptables racialmente y se decía que constituían una seria amenaza para los valores democráticos de la nación. Samuel J. Holmes, zoólogo de la Universidad de California, campus Berkeley, articuló los sentimientos antimexicanos cuando hizo notar que representaban una población de “bajo nivel social, económico e intelectual, por lo que constituían una amenaza desde el punto de vista de la salud pública”. Permitir que continúe la irrestricta inmigración, advirtió, “significará sin duda alguna desplazar en el oeste a los trabajadores nacidos en Estados Unidos de todas las industrias”.⁴ En la década de la Depresión, esta actitud desembocaría en planes para detener la inmigración mexicana y para sacar a los migrantes mexicanos que ya se encontraban en Los Ángeles.

Como muchos ciudadanos lo percibieron, el principal valor de los mexicanos había sido constituir una fuerza de trabajo barata. Con la Depresión, la bolsa de trabajo se agotó y los empleadores dejaron de necesitar trabajadores no calificados. Hacia 1930, miles de mexicanos

⁴ Samuel J. Holmes, “An Argument Against Mexican Immigration”, *Commonwealth Club of California Transactions* 23 (marzo de 1926): 23, 26.

habían abandonado Los Ángeles para volver a México o dirigirse a otras partes en busca de trabajo. En 1931, el inspector consular mexicano, Enrique A. González, visitó la zona para evaluar las consecuencias de la Depresión en las familias mexicanas. En cada distrito, González observó un alto nivel de desempleo, del rango de 20 a 50 por ciento, “siendo este último porcentaje el más común”.⁵ Harold Fields, en un texto para *Social Forces*, hizo notar que los californianos utilizaron “la presión social y amenazas de violencia” en contra de los empleadores “que contrataban mexicanos en lugar de estadounidenses desempleados”.⁶ Así, sin trabajo o subempleados, los mexicanos del lado este enfrentaron una difícil situación económica y social durante la década de los treinta. En los comedores de asistencia y en las casas de caridad, encontraron miradas llenas de hostilidad y rechazo.

Los angelinos trataron de resolver los problemas de desempleo a través de un programa de deportación diseñado para repatriar a los mexicanos que no estuvieron trabajando. La Cámara de Comercio de Los Ángeles, que había celebrado la presencia de los mexicanos durante las décadas de los diez y los veinte, urgió a los funcionarios de migración a emprender un agresivo “programa de deportación e incluso ofreció pagar el costo de los pasajes de vuelta a la frontera”.⁷ Preocupado por el programa de repatriación, Carey McWilliams escribió: “Uno se pregunta qué ha pasado con todos los programas de americanización del año pasado. La Cámara de Comercio ha sido forzada a hacer un pronunciamiento para asegurar a las autoridades mexicanas que la comunidad no es hostil en sentido alguno con el trabajador mexicano y que la repatriación es una política designada exclusivamente para aliviar al desposeído”.⁸ Los funcionarios de Los Ángeles hicieron arreglos con la compañía Southern Pacific “para embarcar a los mexicanos de vuelta a México a un precio por mayo-

⁵ Lawrence A. Cardoso, *Mexican Emigration to the United States, 1897-1931: Socio-Economic Patterns* (Tucson: University of Arizona Press, 1980), 145.

⁶ Harold Fields, “Where Shall the Alien Work?”, *Social Forces* 12 (diciembre de 1933): 213-214.

⁷ Cardoso, *Mexican Emigration...*, 147; véase también Abraham Hoffman, “Stimulus to Repatriation: The 1931 Federal Deportation Drive and the Los Angeles Mexican Community”, *Pacific Historical Review* 42 (mayo de 1973): 205-219.

⁸ Carey McWilliams, “Getting Rid of the Mexican”, *American Mercury* 28 (marzo de 1933): 323.

reo, por cabeza, de 14.70 dólares”.⁹ Charles Visel, coordinador del Comité Ciudadano de Los Ángeles para la Coordinación de Ayuda al Desempleo, alabó a las autoridades federales de inmigración por su “eficiencia, agresividad e inventiva” en el manejo de la deportación de mexicanos que habían violado las leyes estadounidenses.¹⁰ Reconociendo que muchos de los mexicanos habían ingresado a Estados Unidos de manera legal y que el desempleo por el que atravesaban no los convertía en infractores de ley alguna, los funcionarios y la prensa de Los Ángeles “se congratularon de los esfuerzos de deportación del gobierno”, lo que llevó a un director de inmigración del distrito de Los Ángeles a observar que miles de mexicanos “habían sido literalmente sacados del sur de California”.¹¹ En total, casi quinientos mil mexicanos, la mayoría nacidos en México, aunque muchos en Estados Unidos, partieron hacia México en la década de los treinta.¹²

Sin embargo, la segunda guerra mundial revolucionó muchos de los aspectos de la vida económica y social en East Los Angeles. Hacia el verano de 1942, muchas casas del barrio desplegaron en sus ventanas frontales banderas estadounidenses, signo que denotaba que uno de los miembros de la familia portaba uniforme militar. Un número estimado de cuatrocientos mil a quinientos mil mexicanos de toda la nación se unieron a las fuerzas armadas durante la guerra y, de todas las comunidades, Los Ángeles contribuyó con el porcentaje más alto.¹³ La participación de la mayoría de la fuerza laboral masculina de la comunidad del lado este abrió nuevas oportunidades de trabajo para las mujeres en las industrias de guerra, especialmente en las textiles, de aviación, de construcción de barcos

⁹ Carey McWilliams, *Southern California: An Island on the Land* (Nueva York: Duell, Sloan, and Pearce, 1946), 317.

¹⁰ Citado por Cardoso, *Mexican Emigration...*, 146-147.

¹¹ Citado por Mark Reisler, *By the Sweat of their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1976), 231.

¹² Abraham Hoffman, “Mexican Repatriation Statistics: Some Suggested Alternatives to Carey McWilliams”, *Western Historical Quarterly* 3 (octubre de 1972): 391-404.

¹³ Robin Fitzgerald Scott, “The Mexican-American in the Los Angeles Area, 1920-1950: From Acquiescence to Activity” (tesis de doctorado, Los Ángeles, University of Southern California, 1971), 156, 195. Véase también Rodolfo Acuña, *Occupied America: A History of Chicanos* (Nueva York: Harper and Row, 1981), 323.

y en las plantas procesadoras de alimentos. Las mujeres contribuyeron también al esfuerzo militar plantando “jardines de la victoria” y haciéndose cargo de todas las responsabilidades del hogar. Los autores y los investigadores que estudiaron el barrio de East Los Angeles durante los primeros años de la guerra utilizaron una nueva clasificación para el grupo: “mexicoamericanos”.¹⁴ Educados en Estados Unidos, la segunda generación hablaba inglés mejor que español y más importante aún, se consideraban a sí mismos mexicoamericanos más que mexicanos, aunque había un pequeño grupo que objetaba ambos términos.

Si el barrio parecía tener las características de un gigantesco depósito ferroviario durante los años de la guerra fue, en gran parte, porque la Marina ubicó a miles de nuevos reclutas en un campo en Chávez Ravine, el cual estaba junto al lado este. El confinamiento de los niponamericanos en 1942 produjo un desplazamiento adicional de personas, pues muchos de éstos, que fueron forzados a deshacerse de sus casas, a vender sus pertenencias y a abordar trenes de pasajeros en los depósitos cercanos, eran vecinos de los residentes del barrio. Así, como resultado de un acuerdo entre México y Estados Unidos en 1942, más de cien mil braceros llegaron a California a sustituir la fuerza de trabajo que se había perdido por el éxodo de los trabajadores rurales mexicoamericanos y niponamericanos. A lo largo de todo el primer año del Programa Bracero, 73 por ciento de todos los contratados para trabajar en Estados Unidos lo hizo en California.¹⁵ Los Ángeles se convirtió en uno de los principales destinos y puntos de distribución de braceros, muchos de los cuales se convirtieron en trabajadores del ferrocarril.

Una nación en guerra es capaz tanto de ignorar los asuntos internos como de mostrar intolerancia hacia cualquier comportamiento no tradicional. Fue el caso a fines de los años treinta y el inicio de los cuarenta en East Los Angeles, donde emergió una silenciosa rebelión en contra de los valores y el estilo de vida estadounidenses. Los jóve-

¹⁴ Véase, por ejemplo, Daniel L. Schorr, “Reconverting Mexican Americans”, *New Republic* 30 (septiembre de 1946): 412-413.

¹⁵ Daniel Martínez, “The Impact of the Bracero Programs on a Southern California Mexican American Community: A Field Study of Cucamonga, California” (tesis de maestría, Claremont Graduate School, 1958), 17.

nes integrantes de la segunda generación de mexicoamericanos, quienes fueron las principales figuras de esta rebelión, manifestaron su ruptura con la sociedad integrando pandillas o “bandas”. Carey McWilliams, notable autor y abogado, señaló que estos individuos, “rechazados por las escuelas y por la comunidad” habían “sido obligados a sentir que no pertenecían, que eran mexicanos, no estadounidenses y que nunca serían aceptados como iguales”.¹⁶ Una escasa escolaridad y problemas con la justicia impidieron que muchos se unieran a las fuerzas armadas, mientras los prejuicios les negaron igualdad de oportunidades en el sector laboral. Los primeros integrantes de las pandillas de esta época eran reconocibles por el estilo de su vestimenta, por emplear palabras coloquiales en inglés y en español, o una mezcla de ambas, y por tener tatuajes en manos y brazos. A principios de los cuarenta, empezaron a utilizar trajes llamativos, cortes de pelo como colas de pato y zapatos puntiagudos. Muchos de ellos pasaban el tiempo en las salas de billar y se reunían los fines de semana en los salones de baile locales. Se llamaban a sí mismos “chucos”, abreviatura de la palabra pachuco. La policía y la prensa prefería llamarles rufianes o *zoot suiters*.¹⁷

Las relaciones entre los jóvenes del barrio este y las autoridades policiacas habían dejado mucho que desear incluso antes de que fuera encontrado el cuerpo de José Díaz, el 2 de agosto de 1942, en una poza para nadar del barrio conocida como “Sleepy Lagoon”. Y aunque se determinó la verdadera causa de la muerte, se reportó la presencia de los integrantes de la pandilla de la Calle 38 en la vecindad la noche de la muerte de Díaz. La policía arrestó a 22 miembros de la pandilla, acusándolos de conspiración para cometer un asesinato. El proceso colectivo que se les realizó, sin precedente en la historia judicial de Estados Unidos, ganó la atención nacional y generó nuevos sentimientos antimexicanos en la comunidad de Los Ángeles. El capitán Ed Durán Ayres de la Oficina de Relaciones Exteriores del Departamento de Policía de Los Ángeles (Foreign Relations Bureau of the Los Angeles Police Department) dio testimonio de

¹⁶ McWilliams, *Southern California...*, 318.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Carey McWilliams, “Los Angeles’ Pachuco Gangs”, *New Republic* 18 (enero de 1943): 76-77; Gene L. Coon, “Pachuco”, *Common Ground* 8 (primavera de 1948): 49-52.

que “mientras los angloamericanos pelean con los puños, los mexicanos generalmente prefieren matar o al menos hacer que corra sangre”. La corte encontró culpables de homicidio en primer grado a tres de los acusados y los sentenció a cumplir diversas condenas en la prisión de San Quintín; otros nueve fueron culpados de homicidio en segundo grado; otros dos de asalto; y cinco más fueron sentenciados por delitos menores. Algunos de ellos cumplieron su condena en la prisión del Condado de Los Ángeles y cinco fueron exonerados de todos los cargos. La comunidad de East Los Angeles organizó el Comité de Defensa de Sleepy Lagoon y las sentencias fueron apeladas. La Corte de Distrito de Los Ángeles encontró violaciones en los procesos por parcialidad en contra de los acusados y modificó las sentencias. El 4 de octubre de 1944, todos los acusados que permanecían en la cárcel fueron puestos en libertad como resultado de las apelaciones en contra de las sentencias condenatorias.¹⁸

El regocijo que siguió duró poco, puesto que los jóvenes del lado este pronto se metieron en problemas con soldados y marineros que estaban en la ciudad. El origen de “los disturbios de los pachucos” que ocurrieron en Los Ángeles durante la primera semana de junio de 1943 nunca ha sido aclarado. Los jóvenes mexicanoamericanos se enfrentaron con miembros de las fuerzas armadas en numerosas ocasiones en la sección del centro de Los Ángeles y la prensa fue virulenta en su descripción de las actividades de las pandillas.¹⁹ Los soldados de los campos militares consideraban a los jóvenes del barrio como “conscriptos evasores”. Los mexicanoamericanos resintieron el constante tráfico de soldados y marinos en su comunidad. Una confrontación de considerables proporciones inició la tarde del 3 de junio de 1943, cuando unos marineros en busca de pleito con integrantes de una pandilla de mexicanos atacaron a varios de ellos cerca de un salón de baile en Venice. Rumores en el sentido de que los matones mexicanos habían iniciado la pelea atrajeron esa noche a cientos de infantes de la Marina y marineros al barrio y a la sección del centro de Los Ángeles. En los siguientes días continuaron

¹⁸ Scott, “The Mexican-American in the Los Angeles Area...”, 222-226.

¹⁹ Mauricio Mazón, “Social Upheaval in World War II: «Zoot-Suiters» and Servicemen in Los Angeles, 1943” (tesis de doctorado, UCLA, 1976), 60-91.

las peleas. Los pachucos fueron golpeados y su ropa quedó hecha jirones. Las hordas, que crecían cada noche, marcharon hacia la zona del centro en busca de pachucos, aunque en el camino también atacaron a negros y filipinos. En un teatro, la muchedumbre irrumpió en el edificio, apagó las luces y arrastró hacia afuera a las personas que consideraron mexicanoamericanos. Los disturbios terminaron cuando los oficiales que comandaban las bases locales de la zona acordonaron la sección del centro y el barrio. Esto ocurrió sólo después de que el gobierno mexicano presionó a los funcionarios de Washington para que sofocaran los disturbios, y el Departamento de Estado, el cual estaba al tanto de la negativa atención internacional que los disturbios estaban recibiendo, ordenó a la Marina y al cuerpo de infantes de la Marina que actuaran, dado que todo indicaba que los funcionarios locales de Los Ángeles no lo harían.²⁰

Los mexicanoamericanos constituyeron una quinta parte del total de bajas de Los Ángeles durante la segunda guerra mundial, a pesar de que no representaban sino sólo una décima parte de la población de la ciudad. Algunos de los soldados regresaron al barrio como héroes. El soldado raso José Martínez, quien murió en Filipinas, fue reconocido por la Legión Estadunidense, la cual puso su nombre a una plaza. En toda la nación, los mexicanoamericanos regresaron como el grupo étnico más condecorado en las fuerzas armadas, al ganar 17 medallas de honor,²¹ y quienes no recibieron preseas a menudo salieron ganando por otras vías, gracias a su experiencia en el servicio. Pronto, muchos aplicaron las destrezas aprendidas mientras vestían el uniforme de la vida civil.

Cuando los mexicanoamericanos que estuvieron en servicio regresaron, descubrieron que el lado este había sufrido profundos cambios. El caso de la Sleepy Lagoon y los “disturbios de los pachucos” estaban frescos todavía en la mente de la mayoría de los residen-

²⁰ Ruth D. Tuck, “Behind the Zoot-Suit Riots”, *Survey Graphic* 32 (agosto de 1943): 313; “Zoot-Suits and Service Stripes”, *Newsweek* 21, 21 de junio de 1943, 35-36; Marily Domer, “The Zoot-Suit Riot: A Culmination of Social Tensions in Los Angeles” (tesis de maestría, Claremont Graduate School, 1955); Emory S. Bogardus, “Gangs of Mexican American Youth”, *Sociology and Social Research* 28 (septiembre-octubre de 1943): 55-66.

²¹ Raúl Morin, *Among the Valiant: Mexican-Americans in WW II and Korea* (Alhambra, Calif.: Borden Publishing, 1966), 54-56, 11.

tes, del mismo modo que la reclusión de los niponamericanos de las comunidades vecinas. La defensa de los jóvenes mexicanoamericanos involucrados en el caso de la Sleepy Lagoon había desatado una nueva conciencia política entre los residentes del lado este. Este nuevo despertar político se hizo patente cuando treinta residentes de East Los Angeles crearon la Organización de Servicio Comunitario (Community Service Organization, cso). A diferencia de las asociaciones mutualistas o voluntarias de las generaciones anteriores, el cso no reclamó lealtad alguna a México ni sus integrantes asignaron el papel de líder al cónsul mexicano local. Uno de sus primeros líderes fue Edward Roybal, universitario graduado y veterano de la segunda guerra mundial.²²

Sin duda alguna, los veteranos mexicanoamericanos dieron a la comunidad del lado este un nuevo perfil político en los años inmediatamente posteriores a la guerra. El viejo clima político empezó a cambiar con la persistencia de los veteranos al cuestionar las prácticas de la jurisprudencia de Jim Crow y otras prácticas discriminatorias.²³ En Los Ángeles, como en todo el suroeste, cuando se negaba el servicio en un restaurante o el entierro en el cementerio local a un veterano o a un héroe de guerra de origen mexicano, era muy probable que la prensa diera alguna cobertura al hecho. Los veteranos se indignaban por estos sucesos; sentían que merecían un mejor trato por haber defendido el país. En East Los Angeles, algunos de ellos formaron un capítulo del Foro Estadunidense de los Miembros de las Fuerzas Armadas (American GI Forum), organización mexicanoamericana fundada originalmente en Texas por veteranos de la segunda guerra mundial.

En la Liga de Ciudadanos Unidos Latinoamericanos (League of United Latin American Citizens, LULAC), los residentes del barrio de Los Ángeles y comunidades vecinas encontraron un aliado en el combate a la segregación de los niños en las escuelas públicas. Los padres de familia de diversas comunidades del sur de California se unieron

²² Beatrice W. Griffith, "Viva Roybal-Viva América", *Common Ground* 10 (otoño de 1949): 61-70.

²³ Miguel David Tirado, "Mexican American Community Political Organization: The Key to Chicano Political Power", *Aztlán: Chicano Journal of the Social Sciences and the Arts* I (primavera de 1970): 64-66.

en 1945 para demandar al distrito escolar de Westminster por haber colocado a sus hijos en salones segregados. Los padres ganaron su demanda en la corte y tuvieron otra victoria adicional el 14 de junio de 1946, cuando el gobernador Earl Warren decretó una ley en contra de los últimos estatutos de segregación escolar en el Código de Educación de California.²⁴ A pesar de que el caso pudo haber sentado un importante precedente para otros estados, la resolución de la corte seguía teniendo limitaciones, puesto que no tenía impacto de facto en la segregación que prevalecía en las comunidades del barrio, como East Los Angeles. No obstante, fue un importante primer paso para los mexicanoamericanos.

Los años de la posguerra estuvieron marcados también por un creciente activismo orientado a lograr la representación política local, servicios y mejoras ciudadanos y equidad en el sistema judicial. Durante una contienda política en 1946, Edward Roybal hizo campaña en favor del mejoramiento de las calles y de las instalaciones recreativas de la comunidad y para poner alto a la persecución policiaca de los jóvenes. Y si bien perdió la contienda, la experiencia lo preparó para la campaña de 1949, la cual sí ganó. Su victoria lo convirtió en el primer mexicanoamericano en ocupar un cargo público en el Ayuntamiento desde 1881. Otros veteranos que regresaron de la guerra, como Julian Nava, quien después sería el primer mexicanoamericano designado embajador de Estados Unidos en México, también asistieron a las universidades bajo la ley militar. Nava, cuyos padres habían escapado por poco a la repatriación de los años treinta, inició sus estudios universitarios en el cercano Pomona College y más adelante obtuvo un doctorado en historia por la Universidad de Harvard. De esta generación de veteranos mexicanoamericanos surgió una nueva clase de profesionales formados en universidades, entre los cuales había abogados, profesores, responsables de las personas con libertad condicional y médicos.²⁵

²⁴ Charles Wollenberg, "Méndez v. Westminster: Race, Nationality, and Segregation in California Schools", *California Historical Quarterly* 53 (invierno de 1974): 317-333.

²⁵ Julian Nava y Bob Barger, *California: Five Centuries of Cultural Contrasts* (Beverly Hills: Glencoe Press, 1976), 363. Véase el prólogo de Nava a Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939* (Tucson: University of Arizona Press, 1974), ix-xi; véase también Julian Samora y Patricia Vandel Simon, *A*

Hacia 1950, la mayor parte de los mexicoamericanos de la segunda generación, por decisión o como resultado de su exclusión de las comunidades angloamericanas, vivían en el lado este. A pesar de que, en 1948, el estado de California consideró ilegales los convenios restrictivos, los agentes inmobiliarios, los promotores de bienes raíces y las instituciones arrendadoras encontraron la manera de mantener a los mexicanos fuera de las comunidades angloamericanas. Un estudio de Eshref Shevky y Molly Levine, concluido en 1949, confirma la concentración de residentes mexicoamericanos, pues mostró que cerca de 75 por ciento de este grupo vivía en tres de las 29 demarcaciones del censo del sur de California. Casi la mitad vivía en East Los Angeles, particularmente en Belvedere, Boyle Heights, Chávez Ravine y Lincoln Heights, el núcleo de la población del lado este.²⁶ Cuando los mexicoamericanos salieron del centro del lado este, a menudo se desplazaron hacia comunidades más al este, como Monterey Park, Azusa y Alhambra.

Los residentes del barrio se enfrentaron a dos principales problemas durante la década de los cincuenta: discriminación en vivienda y empleo y la irrupción de viaductos y construcciones públicas en su comunidad. Bajo los auspicios de la renovación urbana, gigantescos removedores de tierra comenzaron a excavar East Los Angeles a mediados de los cincuenta. El viejo barrio de Chávez Ravine desaparecía así, víctima de la construcción de una nueva sede para los Dodgers de Los Ángeles. Molestos, los propietarios de inmuebles llevaron una disputa a la corte de la ciudad de Los Ángeles en un inútil intento por evitar que la organización de los Dodgers destruyera su vecindario.²⁷ Sin embargo, finalmente fueron desplazados y salieron de Ravine, con su espléndida vista del Ayuntamiento y del centro, para mudarse al sobrepoblado lado este. Su traslado coincidió con el flujo de miles de nuevos migrantes provenientes de Méxi-

History of the Mexican-American People (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1977), 155-165.

²⁶ Eshref Shevky y Molly Levine, *Your Neighborhood: A Social Profile of Los Angeles* (Los Ángeles: Haynes Foundation, 1949), 10; Véase también Eshref Shevky y Marilyn Williams, *The Social Areas of Los Angeles: Analysis and Typology* (Berkeley: University of California Press, 1949), 55-60.

²⁷ Acuña, *Occupied America...*, 339-340.

co. Empujados al sur de California por las fuerzas económicas y auxiliados en su trayecto por la continuación del Programa Bracero, estos nuevos inmigrantes representaban la primera ola migratoria proveniente de México después de la guerra.

A fines de los cincuenta, comenzó la construcción masiva de vías rápidas que vinculaban las comunidades suburbanas angloamericanas con el corazón del distrito empresarial. Los altos pasos a desnivel y los ejes viales de seis carriles fraccionaron el lado este. Miles de residentes de Boyle Heights, Lincoln Heights, City Terrace y de las colonias circundantes fueron reubicados.²⁸ Tales ejes dividieron las colonias sin consideración a la lealtad de sus habitantes con sus iglesias, escuelas, negocios o familia. Los residentes, especialmente los jóvenes y los viejos, se fueron aislando cada vez más de las otras zonas de la ciudad, a medida que las masivas capas de asfalto y concreto gris eliminaban las líneas de trolebús y desordenaban el servicio de tráfico público. El tránsito cotidiano de cientos de miles de automóviles dejaba una gris nube de esmog sobre el lado este. Era muy raro el día en que los habitantes de ese sitio podían ver un pedacito de las montañas cercanas o el cielo del centro de la ciudad.

Con la migración masiva de mexicanos al sur de California durante los cincuenta y sesenta, Los Ángeles consolidó su posición como la capital mexicana de Estados Unidos. Muchos de los inmigrantes que se asentaron en Los Ángeles se integraron al estado dorado trabajando en los campos agrícolas de Imperial Valley o de San Joaquin Valley. El asombroso crecimiento industrial y comercial de Los Ángeles requería de un suministro constante de trabajadores de servicio no calificados o semicalificados. Hacia la década de los sesenta, “Los Ángeles se había convertido en el principal destino de los inmigrantes provenientes de México y de los mexicanos que venían de otras zonas del suroeste californiano”.²⁹ Mientras muchos fueron atraídos hacia la metrópoli por la perspectiva de un trabajo estable, otros llegaron debido a los altos salarios que se pagaban en Los Ángeles.

²⁸ Gilbert G. González, “Factors Relating to Property Ownership of Chicanos in Lincoln Heights, Los Angeles”, *Aztlán: Chicano Journal of the Social Sciences and the Arts* 2 (otoño de 1971): 107-144.

²⁹ Leo Grebler, Joan W. Moore y Ralph C. Guzman, *The Mexican-American People: The Nation's Second Largest Minority* (Nueva York: Free Press), 298.

La ciudad estaba clasificada entre las primeras cinco del suroeste en términos de ingreso familiar.³⁰ En el sobrepoblado lado este, los recién llegados encontraron vivienda barata, negocios en los que se hablaba español y restaurantes que resultaban atractivos a sus costumbres culinarias.

A fines de los sesenta y principios de los setenta, se abrieron nuevas oportunidades en East Los Angeles como resultado de los movimientos de protesta entre estudiantes de secundaria, manifestaciones en contra de la guerra y plantones en las zonas de supermercados por parte de los integrantes del Sindicato Unido de Trabajadores Agrícolas. Entre 1967 y 1972, manifestaciones que incluían a César Chávez, al líder agrario Reies López Tijerina y a los activistas del poder negro (Black Power) se volvieron frecuentes en la comunidad. Un movimiento chicano antibelicista movilizó a miles de ciudadanos para protestar contra la guerra a principios de la década de los setenta. Esta actividad social y política dio origen al movimiento chicano, que intentó, con considerable éxito, inspirar orgullo étnico, llamar la atención sobre las desigualdades en el sistema judicial y fomentar una nueva conciencia política. De este movimiento surgió también el Partido de la Raza Unida y los programas de estudios chicanos en las universidades y en la educación media superior por toda la ciudad. El chicanismo encontró su expresión no sólo en el campo político, sino también en el arte mural, en la música y en la literatura.

En Los Ángeles, “capital de MexAmérica”, la cuestión de los “límites” no es importante, según Joel Garreau, autor de *The Nine Nations of North America*. “Después de todo —escribe Garreau— siete millones de personas han demostrado poder vivir en la cuenca de Los Ángeles que Dios dotó con recursos para mantener solamente a doscientos mil”.³¹ Sin embargo, esta misma cuestión ha preocupado a los habitantes del lado este. En los pasados veinte años, la pobla-

³⁰ Walter Fogel, *The Effect of Low Educational Attainment on Incomes: A Comparative Study of Selected Ethnic Groups*, reimpresión no. 166 (Los Ángeles: Institute of Industrial Relations, 1967), 31; véase también idem, *Mexican Americans in Southwest Labor Markets*, Informe de Avance 10 (Los Ángeles: University of California, Mexican American Study Project, 1967); Frank G. Mittelbach y Grace Marshall, *The Burden of Poverty*, Informe de Avance 5 (Los Ángeles: University of California, Mexican American Study Project, 1967), 13.

³¹ Joel Garreau, “The Nine Nations of North America”, *American Demographics* 4, no. 4 (abril de 1982): 16-17.

ción mexicana de East Los Angeles pasó de un millón a casi dos millones de habitantes.

El punto central es, por supuesto, la calidad de vida. En el lado este, donde hay una seria escasez de vivienda y la calidad de la construcción de muchas de las casas que existen está por debajo de los estándares, donde las escuelas están sobrepobladas y los niños a menudo mal instruidos, donde la congestión del tráfico se ha convertido en el *modus vivendi*, donde hay alertas ambientales con demasiada frecuencia y donde sus habitantes no tienen sino muy escaso control sobre su destino económico y político, los problemas del crecimiento urbano están siempre presentes en la mente de los residentes. Sin representación política étnica a través de funcionarios electos en la ciudad y en el condado, los habitantes del lado este han tenido dificultades para dar a conocer sus puntos de vista sobre el tipo de comunidad que heredarán sus hijos. El surgimiento de las Vecinales Unidas (United Neighborhood Organizations, UNO) —exitosa agrupación de bases que recientemente ganó importantes batallas municipales— hizo surgir la esperanza de muchos ciudadanos en el sentido de que pueden influir en la dirección que tomará el desarrollo social, económico y político.

En los años posteriores a la segunda guerra mundial, la “ciudad dentro de una ciudad” se transformó en una “metrópoli dentro de una megalópolis” y los habitantes del lado este han demostrado un renovado orgullo de vivir en el lado este de Los Angeles River, un orgullo basado en gran medida en su convicción de que los mexicanos han tenido un importante papel en la creación de una de las más grandes maravillas étnicas del Estados Unidos urbano.